



Sr. D.

Francisco M. de Olaguibel.

Muy querido y admirado amigo mío:

NO va á ser floja su sorpresa al saber que, al cabo de los años mil, me disparo escribiéndole á propósito del precioso tomo de poesías que con el título de "Oro y Negro" lanzó usted á la publicidad.

La galante dedicatoria con que acompañó usted el envío del dicho libro, me obligaba, por lo menos, á dar á usted las gracias por su bondadosa atención; pero la detestable prosa en que vivo de continuo, la prosa del papel sellado, me había impedido cumplir con ese deber de cortesía.

Usted me lo perdonará.

Pero amén de la consideración que le indico, fueron parte para moverme á escribir ésta, que tengo intención sea larga epístola, las de saber que es usted flor y espejo, cifra y compendio de la flamante escuela poética; que posee un ingenio muy claro y muy sutil, que se halla equívocado en sus procedimientos literarios, y que, por último, es tan mozo, que se encuentra

to-

todavía en el "diez y" de los años, circunstancia que me hace esperar pueda aún volver al buen camino, pues nada menos de S. Pablo se cuenta que, siendo niño, guardó las capas de los lapidadores del primer mártir—y ya usted sabe, andando los tiempos, cuán grandes servicios prestó á la Iglesia aquel insigne varón.

Ha escuchado usted hasta ahora, en alabanza de sus versos, los pareceres de sus correligionarios y amigos, de los miembros de ese círculo apretado por pequeño, y aguerrido por militante, de que forman parte Tablada, el artista peregrino, y Nervo, el orífice esquisito; ya sabe usted lo que de su obra opinan los suyos; oiga usted ahora á un humilde burgués, á un "filisteo," á un Prudhomme ajeno á refinamientos y primores que pretende decirle, como los peritos judiciales, "toda la verdad y nada más que la verdad, obrando con arreglo á su leal saber y entender."

Tan largo prólogo no quiere decir que usted haya sido adulado ó encomiado injustamente, pues por fortuna ustedes, los jóvenes mexicanos, distan mucho de sus congéneres franceses, que tan bien satirizó René Doumic en su donoso artículo sobre "Los escritores del siglo veinte."

Pertenece usted á la escuela que bajo el calificativo de decadentista encierra en su seno á otra multitud de sectas y doctrinas brotadas de ese gran semillero de ideas que se llama París.

Sea

X

Sea en buena hora: á fuer de joven y de tonista tiene usted que vestir á la última moda, siquier sea ésta extravagante y poco bella.

Decadencia, según la acepción más llana y aproximada á su origen, es el estado de un ser ó institución que después de haber llegado á su apogeo, en virtud de algún fenómeno histórico ó por causas ignoradas, baja de su primitivo nivel. Las naciones que decaen se distinguen, como dice Pablo Bourget, por el hecho de producir pocos individuos aptos para la lucha diaria de la vida, por lo cual los decadentes son siempre exquisitos, ávidos de sensaciones nuevas, deseosos de probar cuanto anteriormente se reputaba prohibido.

La causa del decadentismo, según el autor de los "Estudios de psicología contemporánea," es el excesivo desarrollo de la personalidad, que movida del propósito de aparecer autónoma, se disgrega del conjunto para gozar del bienestar acumulado durante muchas generaciones.

Estilo de decadencia, según el propio autor, es aquel en que la unidad del libro se pierde para dejar sitio á la independencia de la página, en que la página cede su lugar á la frase y la frase se retira ante la palabra.

Ahora bien, ¿de qué civilizaciones extinguidas y olvidadas procedemos? ¿qué ata-

atavismo de raza nos impele fatalmente á rechazar los placeres ordinarios y á buscar sólo los pecaminosos, los complicados, los difíciles de saborearse por la generalidad de los mortales? ¿qué estado social es el nuestro, que sin haber siquiera catado el fruto de la cultura lo declaramos podrido y vitando?

La literatura no es sino uno de tantos resultados de la vida social, y lejos de ser influente es influida. La obra que quiere perpetuarse ó debe reflejar la manera de ser de los contemporáneos, sus ansias, sus temores, sus esperanzas, sus dudas, ó reflejar la índole de la humanidad entera, con sus sentimientos, sus ensueños y sus ideales.

Esto sólo es dado al genio que sintetiza, lo primero puede alcanzarlo el talento que reproduce.

×

Ustedes, los mexicanos "modernistas", (creo que esa es la palabra) sin tener en cuenta cosas tan sencillas, se dan á imitar frases, dición, metro é ideas de los poetas franceses novísimos, y consiguen no sólo que el gran público no las entienda, sino que la pequeña minoría que lee, los moteje de no comprender su época.

Es decir, que obran ustedes á manera de las niñas de las escuelas, que reciben de París el cañamazo, el estambre con que han de bordarlo y el dibujo que han de reproducir, y cuya tarea se reduce á saber
cuán-

cuántos puntos de la cuadrícula han de llenar para obtener un pájaro estrambótico ó una flor apelmazada.

Discurriendo en una ocasión acerca de estas cosas en compañía de mi excelente amigo Tablada, lanzaba éste una teoría paradójica é ingeniosa como suya.

"No hay,—me decía—literatura mexicana, ni literatura francesa, ni literatura española, sino literatura universal, literatura eterna. ¿Acaso yo no puedo comprender á Tolstoi ó á Strindberg ó á Verlaine sólo porque no son de mi raza? Y si los comprendo ¿no puedo imitarlos y asimilarme su espíritu? Deseñáñese usted;—continuaba—en literatura como en religión no hay hombre ni mujer, gentil ni judío, griego ni romano, sino personas unidas en una fe sola y en un solo amor, el de la belleza eterna y triunfadora; pues cuantos amamos estas cosas, venimos á formar algo semejante á la comunión de los santos que enseña la Iglesia."

Esto, para dicho en un rato de buen humor, de "causerie" amena, es excelente; pero para constituirlo en sistema y sobre todo para practicarlo, resulta detestable.

Pues qué ¿es posible desconocer la importancia de los tres factores, "raza, medio y momento," que años antes de que la escuela moderna apareciera habían sido preconizados ya por los Schlegel en sus disquisiciones sobre el arte dramático? ¿Acaso la expresión de la belleza, por lo
que

que de íntimo y personal tiene la noción, no debe poseer por base la verdad de lo que se siente ó se piensa, sopena de cometer errores gravísimos?

×

Hipólito Taine, en mi opinión el protocrítico contemporáneo, en la más harmónica y hermosa de sus obras—la “Historia de la Literatura Inglesa”—asienta con razón que “del mismo modo que la astronomía no viene á ser sino un problema de mecánica y la fisiología un problema de química, así la historia no es, en el fondo, sino un problema de psicología. . .” “La historia—dice—se ha transformado desde cien años ha en Alemania, y en Francia desde hace sesenta, sólo por el estudio de las literaturas. Se ha llegado á descubrir que “la obra literaria no es juego de imaginación, capricho aislado de cabeza calenturienta, sino copia fiel de las costumbres que rodean al autor y signo de un estado de ánimo.” De esto se ha deducido que podía lograrse, mediante los monumentos literarios, averiguar cómo habían sentido y pensado los hombres de hace muchos siglos. Se ha intentado la tarea y se ha logrado del todo.”

Aplicando criterio tan lógico á la fase actual de la producción literaria en México, ¿qué podrá pensar el historiador que se dedique á dar cuenta de ella relacionándola con el estado general del pueblo? Que la gente vive aquí agotada, deses-

pe-

perada, tediosa, queriendo marcharse al “paraíso de la locura,” llamado también “Walhalla místico,” “sobre el corcel sin freno de la neurosis;” que como su amigo de usted el estilista Ceballos asienta, en el estado de pulimento en que nos hallamos, nos agrada ver correr sangre humana, ó que, según pretende el joven Couto, como una muestra de refinamiento y de buen gusto, hay quien sienta placer al matar á su manceba por simple afán de colorista, por ver correr la sangre roja sobre la piel blanca, ó quien experimenta tentaciones de matar á sus hijos en razón de no sé qué tiquis miquis filosóficos y sentimentales; y todo lo demás que ustedes con la mayor seriedad escriben, de seguro por hacer temblar las pajarillas de los pobres provincianos como yo.

Y á fe que el psicólogo del cuento erraría de todo en todo, pues en vez de hallarnos tan gastados y faltos de vigor como ustedes suponen, nos encontramos llenos de vida y de fuerza, ávidos de probar lo que á la vista ofrece el espectáculo social, sin querer ahondar sus causas ni desentrañar sus fundamentos. Más que al Fausto de Goethe nos parecemos al Adán de Milton, y más nos convendría entonar el salmo de vida de la leyenda alemana que los versículos de Job que recitaba Johnatan Swift en cada aniversario de su nacimiento.

Sin

x

Sin embargo, es tal mi fe en los destinos de la literatura patria, tal mi creencia de que todo está lo mejor posible en el mejor de los mundos posibles, que contra el parecer de los adversarios de ustedes creo que la asonada (no revolución) que han llevado á cabo, es benéfica y tiene que traer algunos excelentes resultados.

Nuestros antiguos poetas fueron más que descuidados en asuntos de forma, más que heterodoxos en lo concerniente á métrica. Todos ó casi todos deben haber dicho, ó por lo menos pensado, lo que cuentan escribió un literato de mucho fuste de Sur América: que era indecoroso para ciudadanos de un pueblo libre conocer y someterse á los dictados de una Academia que sostenía una nación monárquica y regida despóticamente.

Ustedes, aunque desnaturalizando no poco la métrica amplia y generosa del castellano, en su afán de buscar como dice Richepin,

Mots aux casques d'argent lourds de joaillere,
Mots caparaonés des diamants et d'or,

han estudiado no sólo los efectos de las palabras, sino que han acatado respetuosamente las leyes de su formación y hasta han inventado combinaciones nuevas de verso en que predominan el ritorne-
llo y la repetición simétrica, caros á los autores de secuencias y á los poetas franciscanos. De esa labor, mucho ha de ser-

vir

vir para enriquecer el acervo común de la lengua.

Los versos de usted, por razón natural, adolecen de los defectos y poseen las cualidades propias de la escuela á que pertenece. Son, cuando no se propone imitar á nadie, numerosos y elegantes; artificiosos cuando lo acometen pujos de exotismo y novedad; con cierto ritmo triste y delicado cuando pretende dar á conocer sensaciones fuera del alcance de los mortales.

En cuanto al fondo, va usted á asombrarse de que se lo diga: los versos que más me gustan de "Oro y Negro," son los menos exquisitos, los menos trabajados, los que dejan adivinar algo del alma del poeta. Por eso prefiero "Rimas de Oro" y "Hojas de Album" á "Croquis Modernos," "Baladas Negras" y "Rondeles," que es donde al parecer ha echado usted el resto de su fantasía.

Tiene usted rasgos hermosos, frases llenas de frescura y candor en que el poeta traiciona al autor de "pastiches;" pero como si fuera usted víctima de terrible obsesión, tras uno de esos aciertos vuelve con insistencia á la perversa imitación de los modelos.

x

Alguien ha dicho que de los treinta para arriba todos caminamos llevando á cuestas un poeta muerto. Usted, sin haber alcanzado ni con mucho esa edad,

2

lle-

lleva ya, como peso abrumador, un bardo de vuelos altísimos á quien otro menos genial golpea sin descanso.

Si usted quisiera abandonar esa retórica de relumbrón, si volviera sobre sus pasos y se propusiera oír la voz de su hermosísima musa, hoy relegada á sótano infecto mientras ocupa su lugar lúbrica barragana, ¡qué cosas tan hermosas mostraría usted á cuantos aman la belleza, qué fama alcanzaría para su nombre!

No repita usted como su oráculo Verlaine:

Ah! tout est bu | tout est mangé! Plus rien á dire!

“Tóquese el corazón, que allí está la poesía”: no siga escuelas, ni sectas, ni matices, ni banderías; pues nunca la verdad está en esos exclusivismos, que si de pronto deslumbran, al cabo aparecen como los que fueron en un tiempo vestidos de moda en los retratos viejos. Lo que no envejece, lo que no pasa de moda, lo eterno, es la verdad en la expresión y en los afectos, lo ingenuo, lo personal, lo sentido.

No aconsejo á usted que acate al pie de la letra los preceptos de las “Cuatro poéticas” de marras, no pretendo que imite á los escritores del “siglo de oro” como quizás alguien suponga erradamente. Quiero que usted sea usted y no Baudelaire ó Rollinat ó Mallarmé.

Deje por ahora de figurar entre los que no tienen más mérito que coleccionar

es-

estampas japonesas, entre los que poseen por todo bagaje literario algún soneto conceptual y superfirolítico, entre los que, á manera de los hebreos al salir de Egipto, necesitan hurtar copas y ánforas para enriquecerse. Usted es de suyo poderoso y bien nacido, y esa compañía más que añadir algo á su peculio lo empobrece y aniquila.

Pero no deje para más tarde el hacer separación de bienes, sino ejecútela desde luego, que el demonio de la costumbre es tan tremendo, que no abandona el cuerpo de que ha hecho presa ni aun mediante rezos y exorcismos pues á semejanza de aquel viejo que aupó Simbad el Marino para vadear una corriente, forma parte siempre que puede del infeliz á quien posee.

Usted, poeta de nervio, usted, versificador armonioso, usted, hombre de talento clarísimo, no solo puede convertirse á la verdad, sino convertir á otros que como Nervo, Tablada, Couto y Ceballos gimen en las tinieblas del error, porque, á semejanza de aquella matrona romana que refiere Tito Livio, que rindió la fortaleza de su castidad á insignificantes bujerías y á joyas sin precio, han preferido á las ricas galas que por derecho propio podían ostentar, las que prestadas han conseguido para ataviarse.

Mientras usted y ellos encuentran el camino de Damasco, me repito su amigo que lo admira.

A manera de aquellos caballeros que invitaban á los ingleses á tirar primero, me llena vd. de elogios inmerecidos en que me hace mayor favor del que yo acertara á desearme, y en seguida se ocupa de combatir mis conceptos.

Comienza usted por atribuirme algo que yo no he asentado y que tampoco pienso: que la literatura debe marchar de acuerdo con el nivel medio de la cultura general.

No he afirmado tal cosa, amigo mío, y muy desmañado debo de ser cuando á pesar de haber escrito tan largo y tendido no logré hacerme comprender ni aun de literato tan agudo y de hombre tan conocedor como usted.

Si yo creyera que la literatura había de estar al nivel del medio de civilización, preconizaría, en México, como poesías dignas de toda admiración las rapsodias de los Homeros callejeros; y en Francia como novelas en que se cifran el primor del gusto y el arte, los engendros de Jorge Ohnet y Javier de Montepín.

No, no he dicho eso; al hablar de medio me refería al "medio ambiente," al conjunto de las costumbres, las tendencias, la educación, los hábitos y las inclinaciones que distinguen é individualizan á un determinado grupo humano de todos los demás en la lucha por la cultura. Para mí no hay instituciones, ni filosofía, ni economía, ni historia, que no se basen en el

el conocimiento de esos y los otros mil factores que, unidos por nexo misterioso, producen como floración suprema el arte, y la manifestación más bella de éste, la literatura.

Procediendo de acuerdo con las "dependencias y condiciones" de un pueblo determinado, en un momento dado y en circunstancias especiales, se consigue hacer vividera la obra artística; desacatándolas se escribirán hermosas paráfrasis, lucidas imitaciones, parodias que produzcan la ilusión del original; nunca trabajos espontáneos y potentes que perpetúen el verbo de una raza al través de las edades.

El artista es un producto, "un producto como el vitriolo y el azúcar" y solo se desarrolla en circunstancias apropiadas, en medios que cuadran á su naturaleza, merced á uniones y eliminaciones en que no interviene la casualidad, sino leyes de antemano previstas y capaces de verificarse por la experiencia.

El dramaturgo, el historiador, el poeta, el hombre de estado que más ajenos se juzguen á estas influencias, están llenos de ellas, y en sus obras se encontrarán de seguro compenetradas y confundidas como el tronco, las hojas y el fruto de un árbol en el germen embrionario de la semilla.

Citaba en mi carta al señor de Olaguibel la "Historia de la Literatura Inglesa"
Tai-

de Taine; recurra usted á esa obra maestra y allí verá que aun genios que parecen únicos en el mundo, como Shakespeare, tienen sus raíces y sus precedentes en la época en que viven; y que en el portentoso britano influyeron al mismo tiempo el predominio del protestantismo, las opiniones reinantes, la filosofía nueva y—quien lo diría—el ejemplo de otros escritores—Webster, Ford, Massinger, Marlowe, Ben Johnson, Flechtér y Beaumont—que, guardando las debidas distancias, escribieron en el mismo estilo, recurrieron á los mismos resortes dramáticos y tuvieron los mismos defectos que el gran creador.

Entre un seto de Versalles—dice el filósofo de "La Inteligencia"—un razonamiento filosófico y teológico de Malebranche, un precepto de versificación de Boileau, una ley de Colbert acerca de las hipotecas, una cortesía de antecámara en Marly y una sentencia de Bossuet sobre la realeza de Dios, parece que hay una distancia infinita é incapaz de traspasarse. . . . Pero "los hechos se comunican entre sí por las definiciones de los grupos en que están comprendidos," como las aguas de un alveo por las cúspides de las pendientes de donde proceden.

¿Cómo usted pretende, pues, emanciparse de tales elementos y fundar todo un sistema literario sobre la sola imitación de modelos que podrán ser y son de hecho

ad-

admirables en donde florecieron; pero que aquí se despegan completamente de nuestra manera de pensar y sentir?

El dilema que usted me propone tiene un medio: yo no censuro à Baudelaire ni à Poe, ni à Villers, ni à Daniel, ni à Isaías, á todos los pongo sobre mi cabeza y los admiro rendido; pero los admiro como reveladores de todo un estado social, como exploradores que "vitae lampada tradunt," como vasos de elección á quien tocó por suerte envidiable, ora contener el ansia de ideal, ora los neurotismos extravagantes, ora las protestas y las iras contra los tiranos, ora los refinamientos de un período elegante y complicado. Pero que porque en Palestina ó en Nueva York ó en París tales obras aparezcan como peregrinas y asombrosas, deban parecerlo también en Guadalajara ó en México las de sus imitadores, se me figura despropósito digno de severo correctivo.

Para mí no hay escuelas buenas ni escuelas malas; hay escuelas que se adaptan ó nó á la raza en que prosperan, al medio en que se desarrollan y al momento en que aparecen. Las primeras son las legítimas, las artísticas, las duraderas; las otras son las falsas, las ficticias, las de símilor.

Expone usted en seguida con lujo de conceptos en qué consiste el simbolismo.

Deben ser tales mi ignorancia, mal gusto y rustiqueza, que encuentre más

3

pro-

propias de la ciencia que del arte esas relaciones arcanas y desconocidas que halla usted entre colores, sonidos y aromas, que á la postre nos conducen à la unidad de las fuerzas físicas proclamada por el padre Sechchi y los modernos hombres de ciencia; pero suponiendo que el fin último de la literatura fuera, como vd. dice, buscar símbolos y relaciones, tal cosa no probaría que la nuestra debía seguir fatalmente ese camino.

Sabido es que en los organismos colectivos como en los individuales, las facultades y los órganos se desarrollan unos á expensas de otros—ejemplo los kanguros y los murciélagos en lo físico, la potencia crítica y la creadora en la moral.

Unos pueblos poseen imaginación lozana, otros profundidad de intelecto y otros tendencia al símbolo. La sociedad en que nació el "Ramayana," no podía haber dado vida á la "Iliada;" el pueblo en que se escribió el "Hamlet" tenía que diferir radicalmente del en que la "Estrella de Sevilla" ó "El mayor monstruo, los celos," dieron fama á sus autores.

Pocas naciones menos á propósito que la nuestra para plantear las nuevas tendencias; pero si acaso existen uno ó muchos literatos que se consideren capaces de desentrañar las relaciones ocultas de las cosas y penetrar en su esencia, miel sobre hojuelas, con tal que guarden los tales su caracter y su individualidad, sin ir á fundir-

dirse en cualquier escuela de las que brotan mensualmente y por ríguoso turno en Francia, para desaparecer en seguida.

Tal pasa con el propio simbolismo tan ponderado por usted. La publicación del "Peregrino apasionado" en Diciembre de 91 suscitó entusiasmos tales, que recordaron los días épicos de la "première" del "Hernani;" hoy esa misma escuela es desconocida aún por su propio padre, el exquisito Juan Moreas, que en documento solemne ha declarado que el simbolismo, que "no tuvo más interés que el de un fenómeno de transición, se halla bien muerto.... Necesitamos—dice el jefe de los romano-franceses—una poesía franca, vigorosa y nueva que recuerde la pureza y dignidad de su origen."

De usted amigo y admirador afmo.

